

# Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XX

San José, Costa Rica **1930** Sábado 7 de Junio

Núm. 21

Año XI. No. 493

## SUMARIO

El medallón de Sucre.....	Alejandro Alvarado Quirós	El Alcalde criollo pontifica.....	Juan del Camino
Testimonios.....	Bolívar, Montalvo, Sucre	La Revolución de la India.....	Salomón de la Selva
Poemas.....	Federico Manso	El tesoro de la energía eléctrica.....	R. Coto.
Cantos de la Madre.....	Claudia Lars	Resolución N.º 37 del Servicio Nacional de Electricidad.....	
Un libro póstumo de Manuel Diéguez.....	Raul Andino	Mensaje de Vasconcelos a los venezolanos.....	
Alfonsina Storni, poetisa argentina.....	Enrique Díez-Canedo	Tablero (1930).....	
Autodemostración.....	Alfonsina Storni		

En nuestra Centro América, Honduras puede ufanarse de haber sido la cuna de los dos varones más ilustres de la época federal: Valle y Morazán, el sabio redactor del acta de Independencia y el guerrero que llegó a personificar el ideal de unión de estos cinco jirones de la patria.

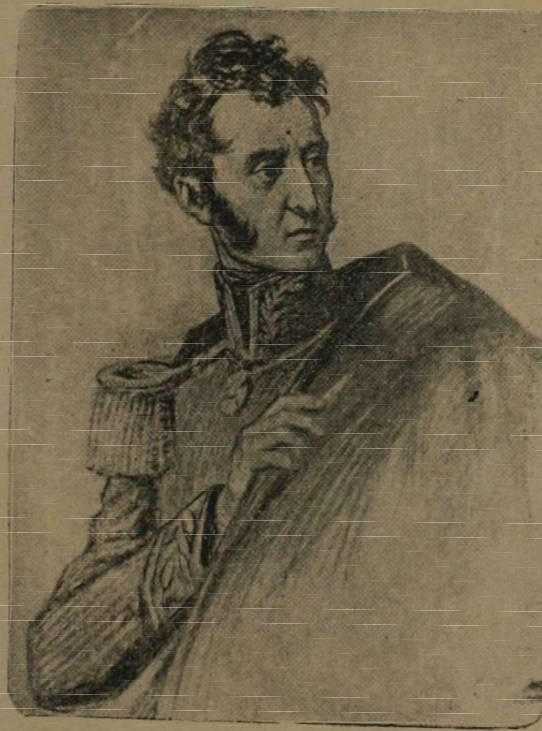
Venezuela en Sud-América ha tenido igual favor del destino. Vieron la luz bajo su cielo Miranda, el precursor de la libertad, Bello, el genial humanista, educador de pueblos, y toda una legión de héroes que derramaron su sangre en la epopeya homérica que duró catorce años, como para afianzar por tan larga y dura prueba el derecho de ser libres; pero ante todo Venezuela honró para siempre la raza hispanoamericana con sus dos hijos predilectos, Bolívar y Sucre.

El primero es, para decirlo con las inolvidables frases de Rodó: «Grande en el pensamiento, grande en la acción, grande en la gloria, grande en el infortunio; grande para magnificar la parte impura que cabe en el alma de los grandes y grande para sobrellevar en el abandono y en la muerte, la trágica expiación de la grandeza». Bolívar fué el genio providencial que a pesar de sus derrotas y de sus errores, debía triunfar en la magna empresa de redención. Bolívar es desmesurado y sólo puede compararse con una fuerza de la naturaleza. Sucre es humano. Sus cualidades pueden ser apreciadas y deben ser imitadas por los hispanoamericanos que podemos llamarlo con justo título nuestro compatriota. Sus triunfos fueron el resultado más que del influjo de una estrella feliz, de lenta previsión, de perseverante esfuerzo, de viril energía, de ciencia militar, de consumada diplomacia.

En su *Vida del Mariscal Sucre* dice el doctor Laureano Villanueva: «La bondad de Sucre, su dulzura, la cultura de sus modales, los encantos de su palabra y su radiante aureola de gloria le imprimían los rasgos ideales con que

## El medallón de Sucre

= De Nuestra Tierra Prometida, San José, C. R. 1925. =



Antonio José de Sucre

En estos días, 4 de junio de 1930, se cumplió el primer centenario de su muerte.

## Testimonios

U. créame, General, nadie ama la gloria de U. tanto como yo. Jamás un Jefe ha tributado más gloria a un subalterno. Ahora mismo se está imprimiendo una relación de la vida de U. hecha por mí (1); cumpliendo con mi conciencia le doy a U. cuanto merece. Esto lo digo para que vea que soy justo: desapruebo mucho lo que no me parece bien, al mismo tiempo que admiro lo que es sublime.—Bolívar.—Al General Sucre.

(De una carta del Libertador. Lima, 21 de febrero de 1825).

...Sucre siempre se distinguía por su infatigable actividad, por su inteligencia y por su valor. En los célebres campos de Maturín y Cumaná se encontraba de ordinario al lado de los más audaces, rompiendo las filas enemigas, destrozando ejércitos contrarios con

(Pasa a la pág. 324)

(1) Véase en la pág. 112 del tomo IX del *Rep. Am.*

Homero transfiguraba en dioses a los seres. Pero él es también poeta que hermosea y diviniza con el amor, su vida de guerrero y de hombre de estado. Tenía culto por la mujer, como todos los hombres superiores y en sus pavorosos conflictos, en los días nebulosos de su carrera pública, volvía la mirada a Quito y allí veía a través del tiempo y del espacio la maga hechicera que le inspiraba todas las maravillas de su ingenio militar y todas las virtudes de su política. Encantado con ella, al contemplarla pintada en su memoria, hermosa como Diana, ocurriósele llevarle un presente de perlas de su país, celebradas de antiguo por su mérito no igualado en parte alguna. Al efecto escribió a su hermano Jerónimo haciéndole el encargo y mandándole mil pesos para que las comprara en Margarita y Cumaná, como si quisiera engarzar en un primoroso collar de perlas magníficas los recuerdos y las esperanzas de sus dulces amores, de su pasado de novio y de su porvenir de padre».

Estaba escrito que en ese mismo año, mil ochocientos treinta, el gentil guerrero ansioso de disfrutar de las dulzuras de su hogar, encontraría la muerte a la hora del regreso en la forma más lamentable e indigna de su generoso corazón.

Doña Mariana Carcelén y Larrea, Marquesa de Solanda, su esposa y dama de sus pensamientos, al recibir el valioso y significativo regalo ya no era sino la viuda del Mariscal Sucre y sus ojos hermosísimos derramaron abundantes lágrimas que se confundieron con las perlas en los primeros meses del dolor, cuando sin cesar evocaba al esposo definitivamente ausente, ya que no podía reemplazar la gallardía de su presencia y la ternura de su alma. Ella recorría su extraño poema, los dilatados años de noviazgo, los cortos meses en que saboreó la delicia de ser suya y contemplaba a su tierna niña como el único legado digno

I.—Cuando Charles Maurras, al estudiar lo que él llama «romanticismo femenino» en la poesía de Francia, encuentra un carácter común en el origen extranjero de las poetisas cuyas obras ha ido analizando—apenas desmentido, dice, por unos normandos, que, al unirse con un oriental, salió, en cierto modo, de su raza—, sienta una teoría que vale tan sólo para su país, fundamentalmente clásico, según el exegeta, desde que Juliano hubo de elegirlo, quizá, como heredero de la cultura antigua si su predilección por París no se interpreta torcidamente.

En todo movimiento romántico quiere ver Maurras la semilla extranjera. Por algo es suizo Rousseau. En Alfonsina Storni, la forma de apellido está indicando que la poetisa no es oriunda del país en que se habla la lengua que escribe; el cuerpo fino y menudo, el cabello de un rubio muy claro, son más de Europa que de América. Pero la literatura en lengua castellana, en uno y otro continente, ya es romántica de suyo, es decir, predominantemente romántica. Juliano apenas se dignó mirar hacia España; y, por lo visto, lo que un Juliano, porque Maurras lo dice, pudo conferir con su predilección, no llegaron a conferírsele a España, con haber nacido en ella, un Adriano, un Trajano o un Teodosio. Muy en el alma ha de llevar el hispano la simiente del romanticismo. Y así, una mujer que, de escribir versos franceses, hubiera sido inevitablemente romántica, al escribirlos en lengua española es romántica dos veces, por su origen exótico y por tendencia natural de su idioma.

En esto aventaja a las poetisas de Francia, que, aun elogiadas por Charles Maurras, tienen para él cierto extraño perfil; digámoslo, sin faltar a la galantería, con un vocablo antiguo: cierto cariz bárbaro. A nuestras poetisas, y, en particular, ya que hemos de hablar de ella, a Alfonsina Storni, bien podemos considerarlas como producto natural, refinado y expresivo de la sensibilidad de nuestra raza.

II.—¿Cuándo empezó a manifestarse, en literatura, un espíritu femenino, cuya expresión compitiera en franco hablar con el masculino predominante? No serán en nuestros días la condesa Mathieu de Noailles, ni la italiana Ada Negri, ni, antes que ellas, Rosalía Castro o Marcelina Desbordes Valmore; antes que ellas, entre los bocados del Renacimiento, una Luisa Labbé, una Victoria Colonna hicieron hablar a su corazón; y una Santa Teresa también, pero su corazón no era de este mundo. Y mucho antes, quizá una Sulpicia romana, sin duda una Saffo griega, se atrevieron a hablar...

## Alfonsina Storni, poetisa argentina

= De La Gaceta Literaria, Madrid. =



Alfonsina Storni

### Autodemolición

= De Bolívar, Madrid. =

*Me habían ocurrido ya en la vida cosas extraordinarias, por ejemplo: ser mujer y tener sentido común; tenerlo, y a pesar de ello, escribir versos; escribirlos y que resultaran buenos; pero no me hubiera imaginado que me resolvería alguna vez a hablar un poco, nada más que un poco, mal de mi misma, intentando mi propia demolición, convencida que en la vida debemos tender al menor esfuerzo, ya que, dedicados a esta tarea, existen oficiosos amigos.*

*Confieso, sin embargo, que dispuesta a ayudarlos en virtud de una armonía de ritmo social, no sé cómo empezar. Hablaré primero de la envoltura, cofre, estuche, guante, tubo, vaina, casa o cuerpo donde se halla felinamente recogida mi alma astral. ¡Ay! Tema miserable: altura, 1,57; cubicaje; no existe; una nariz que salta violentamente contra el cielo; dos ojos oblicuos azul pizarra; una nubecilla rubia ceniza por cabellos que, sabiamente recortados por un modesto peluquero de seis pesetas y no teniendo otra cosa que hacer, se ciñe prolijamente al cráneo, y un pie bastante grande (calzado número 37).*

*Cuanto a la sustancia: alma, luz, esencia, yo absoluto, encerrados en tan escasa armadura (ved la engañadora base), os ruego que no os acerquéis mucho, porque os estremecería un rugido de fiera. Pero si, familiarizados con él, hacéis el análisis de aquel sér, os encontraréis con esta proporción curiosa:*

Instinto.....	20	por 100
Fantasia y sentimiento.....	9	„ „
Corazón.....	1	„ „
Azúcar.....	70	„ „

*Con respecto a mi obra literaria, no puedo negar la opinión corriente. (¿Cómo podría un ser tan azucarado contradecir la voz de Dios?) Esto es, que soy una gran poetisa; pero llena de horribles lunares: defectuosa, descontentada y esperando aún decir mi última palabra.*

*No niego, no, que publiqué un volumen de versos allá por el año 1916—La Inquietud del Rosal—, libro tan malo como inocente, escrito entre cartas comerciales, en tiempos en que urgencias poco poéticas me obligaban a estar nueve horas en una oficina, ignorante, ¡ay de mí!, de mi propia sagrada llama y de otras cosas indispensables a quien se decide a lanzar un libro. Para daros la seguridad de que este libro era verdaderamente malo, os diré que se escribieron sobre él una cantidad de artículos terriblemente elogiosos y, como espuma de leche hervida que se alza, rebasa y cae—inefable imagen—, mi*

(Pasa a la página 331)

como unos hombres: quiero decir, sin velos ni alegorías, directa y claramente.

Así lo hace también Alfonsina Storni, y su franqueza no dejará de producir sobresalto entre los espíritus tímidos, aun a las horas de ahora.

En *La inquietud del rosal*, su primer libro, se manifiesta su propia inquietud. Es como el rosal, no adulto, cuya «vida impaciente—se consume al dar flores precipitadamente». Pero las rosas nacidas de esa inquietud tienen también su aroma, su aroma romántico, por supuesto.

El romanticismo de Alfonsina Storni, a diferencia del de la generalidad de nuestras poetisas, y del de muchos, muchísimos poetas, no es romanticismo de estampa, de evocación, de huída de la realidad: al contrario, es inmersión en ella, goce sensual de ella y confesión, confidencia, lamento por el «dulce daño» sufrido en el contacto de ella, al reconocer que la imaginación y el deseo no bastaron para lograr el aquietamiento y reposo a que, en definitiva, aspiraban.

De aquí sale toda la poesía de esta mujer, que hoy hallará imperfectos y pueriles los versos de su primer libro, pero que, al titularlo, encontró instintivamente la mejor definición de sí misma. El rosal no se cansa nunca de dar rosas: en el suyo, más que la floración constante, nos sorprende el ansia de producir la rosa perfecta.

III.—Una vez más la rosa es símbolo de amor, como en los juegos florales. Alfonsina Storni es poetisa de amor, y lo de la rosa y su afán de perfeccionamiento no se ha de tomar en el sentido de depuración de un arte poético, desde el principio suficientemente apta para comunicar su espíritu, y afirmada después, con la práctica del oficio.

Lo que hace, en verdad, fuerte y dramática esta poesía es su anotación constante de un sentimiento impetuoso que se entrega sin reflexión ni reserva, y la reacción reflexiva que le da al momento su color, viéndolo ya sin espejismos, despojándolo de aquellas galas con que su ilusión lo vestía. De aquí el sabor amargo que deja casi siempre la lectura de estos versos en cualquiera de los libros de Alfonsina, aun en el que ella considera más dulce de todos, *Irremediamente*.

Toda la música del amor, pero su música atormentada, aun en los cantos de felicidad, que tienen un ritmo febril, una vibración dolorosa, se puede oír en ellos. El ansia de amar, la contemplación del ser amado, los celos, el cansancio, la desolación, la tristeza de haber amado, se manifiestan en cantos cuya gravedad asume en ocasiones la máscara de una sonrisa.

Hombre pequeño, te amé media hora, no me pidas más.

Si Alfonsina Storni no llevara en sí la facultad de renovarse, el amor del amor, que es clave de su poesía amorosa, veríamos en ella una poetisa más; no alcanzaríamos a distinguir en sus cantares un tono nuevo, un acento convincente, traducción verbal de un latido verdadero. Detrás de su poesía hallamos siempre a una mujer, a la Mujer, hallazgo menos frecuente de lo que se supone.

De su desengaño amoroso ha sacado la poetisa una serenidad que le permite asistir al espectáculo del amor ajeno.

Como aquellos filósofos mendigos que van a las ventanas señoriales a mirar sin envidia toda fiesta;

de la meditación sobre su destino, la persuasión de ser un eslabón no más en una cadena de seres, que han expresado por su voz los afanes contenidos, lo que en ellos fué silencioso:

Pudiera ser que todo lo que aquí he recogido, no fuera más que aquello que nunca pudo ser. No fuera más que algo vedado y reprimido de familia en familia, de mujer en mujer...

Incorporado de esta manera al sentimiento suyo el de tantas generaciones, y no sólo en el cerco familiar donde ella lo encontró, sino en la hermandad universal de las mujeres, se corona en la poetisa, al libertarse hallando al cabo

expresión y forma, con una aureola de martirio. «Yo padezco lo que sufrieron todas» parece decir; y pide en quien a ella se acerque, delicadeza suma:

Requieren mis jardines piedad de jardinero.

IV.— A través de todos los libros de la Storni vemos esta fisonomía, que ofrece, aun en la sonrisa, un gesto apasionado y dolorido a la vez. No lo esconde ni con la máscara de la ficción simbolista ni con el juego de metáforas de la poesía nueva. Y, sin embargo, es tan de su tiempo... Todo poeta verdadero lo es. Ahora hemos acentuado lo que distingue a Góngora, en su siglo, de los otros poetas. Mas se parece a sus propios enemigos en tantas cosas... Y cada uno, aun el menos singularizado, se distingue también de los otros muy claramente. Pasarán unos años, y, por encima—o por debajo—de las personalidades más independientes, se verá el lazo común del tiempo. Sin ser «joven literatura», Alfonsina Storni vive y alienta en la atmósfera que la ha producido. Su poesía es de hoy, por la fina elaboración de los elementos instintivos, por la afirmación clara de la personalidad femenina—que no se va a dejar sólo para las esferas sociales. Y lo que acierta a ser fundamentalmente de hoy—de un hoy cualquiera—tiene muchas probabilidades de ser ya para siempre.

### Enrique Díez-Canedo

Obras de Alfonsina Storni: *La inquietud del rosal* (1916), *El dulce daño* (1918), *Irremediablemente* (1919), *Languidez* (1920), *Las mejores poesías* (Barcelona, 1924), *Ocre* (1925), *Formas de amor* (1926).

## Estampas

### El Alcalde criollo pontifica

(Envío del autor).

En el drama de Ibsen el Doctor Stockmann es la constelación de vivas fulguraciones. El Alcalde es la tiniebla uniforme. Ibsen les dió la hermandad del vientre, pero los dotó de designios profunda y totalmente diferentes. El uno es la aspiración, el otro la realidad de carne y hueso universal.

El Alcalde es la figura constante, inconfundible, de puntillas siempre para simular estatura. ¿Qué país no lo tiene activo en todos los sucesos nacionales? Lo tenemos nosotros, es decir, lo tiene Costa Rica cada vez que los hados le ponen a prueba su dignidad de nación libre. El Alcalde representa un sistema de negación de la nacionalidad y de afianzamiento del poder extraño que la limite y destruya. En el drama, el símbolo de ese poder absorbente es el balneario asentado sobre suelo que mana aguas envenenadas. En este drama de nuestras libertades es la United Fruit Co., es el *trust* eléctrico, es la Pan-American Air Ways Co., son los banqueros de los empréstitos.

El Alcalde es la gran palanca que enfila todas las unidades vacilantes. Aquí lo vemos marcando el paso que el *trust* eléctrico quiere en esta danza pre-

parada para cansar al país. Y lo hace sobre las leyes con el ánimo de torcerles su sentido honrado. Esa conducta vituperable nos explica la desesperación que invadió a Heine al verse cargando el birrete doctoral. Abogado él con su espíritu nacido para otros superiores influjos. No. Aquel estudio era maldición de Dios y así lo dijo en su lengua tajante: *Gottverfluchte Studium*.

No hay en verdad una expresión que señale con más certeza lo sombrío de la abogacía. Es una maldición para los individuos y para los pueblos cuando se hace uso de ella para sutilizar sobre las leyes. Todos los espíritus visionarios que han hecho recuento de los azotes de un país han recogido el de la abogacía. El dean Swift con su profundo sentido filosófico dice: «Las leyes son mejor explicadas, interpretadas y aplicadas por aquellos cuyo interés y habilidades reside en pervertirlas, confundirlas y eludirlas.» Es decir, son los abogados los que perverten, confunden y eluden las leyes.

Nunca como en esta hora de trascendencia vemos cuán justo es el juicio hecho hace dos siglos. Qué hace el *trust*

de la electricidad? Busca abogado, pero abogado que represente el sistema de negación para los intereses de la nación, de afirmación para los del *trust*, y le paga porque explique e interprete las leyes. En el drama ibseniano el Alcalde exclama: «Yo he escrito una carta-exposición del estado de las cosas, tal como aparecen miradas desde un punto de vista sensato». También este Alcalde criollo al servicio del *trust* eléctrico ha hecho lo mismo, llenarse de sensatez, de la sensatez que el *trust* necesita para afianzar su monopolio atroz y salir a la gallera periodística a proclamar sus falacias. El *trust* eléctrico necesita que la osadía de Costa Rica oponiéndose a su expansión monopolizadora quede ahogada sin estruendos. Y ningún medio mejor que el del Alcalde pontificando, improvisando sus ataques, resolviendo confundir la legislación avanzada mediante un giro malévolo que la presente con horror a los ojos de los timoratos. Él sabe que tal legislación ha ido naciendo como una urgencia de los pueblos. Pero el *trust* que lo lleva y lo trae sobre el escenario de la interpretación, lo obliga a ser falaz. Es la misma conducta del Alcalde prototipo. Ibsen lo sorprende diciendo: «Oh! ¿Para qué quiere el público nuevas ideas? Con las ideas antiguas reconocidas por todos, que posee, está perfectamente servido.»

Guerra a las nuevas ideas, grita desafiado el *trust* y es seguro que si algún contrato para el cobro del honorario se firma, en él figura una cláusula con esa declaratoria. Las nuevas ideas no convienen a esos aparatos de esclavitud que vienen a encontrar servidores admirables en los abogados de copete de por acá. ¿Cómo van los pueblos de la América a tener nuevas ideas acerca del valor social de la electricidad? Esto equivaldría a insolentarlos, a ponerlos en lucha con la expansión capitalista del Norte, derramada sobre los recursos económicos de esos pueblos. Por eso el Alcalde obedece al *trust* y proclama la guerra a las ideas nuevas. Son ideas peligrosas, desechadas ya por los pueblos que un estertor satánico tuvo avasallados.

Las ideas antiguas, en cambio, son lo mejor para la aspiración de un pueblo. La electricidad sin nacionalizar, a merced de una sola explotación extranjera, inicua, poseída de designios siniestros. Las necesidades de un futuro muy próximo reclaman el uso constante e imprescindible de la electricidad, pero es mejor que los pueblos no se den cuenta de esas ideas peligrosas y sigan creyendo que la fragua y los tinamastes, el caudelero y el candil no han de perder nunca dominio sobre todas las generaciones.

El *trust* eléctrico conoce el lugar prominente que la superstición pública ha dado a las opiniones del Alcalde criollo y entonces las contrata para que libre la batalla contra las nuevas ideas. He aquí el verdadero papel del abogado que los ojos penetrantes de Heine adivinaron para hacerlo despreciar el birrete doctoral. En el Alcalde que sirve los riquísimos intereses del *trust* se perfila ese tipo de abogado armado contra la

legislación avanzada. Que no pase ni una sola idea nueva, porque él la fulmina, encargado como está de la vigilancia de las ideas antiguas. Él mismo es un producto refinado de esas ideas vetustas y no puede traicionarlas. De ellas ha recibido honores y prebendas y con ellas ha marchado pie a pie en su larga carrera de Alcalde. Muy cierto es que cuando la zarabanda política ha recibido de él estímulo e inspiración, la necesidad de atraer voluntades lo ha hecho extrañar a esas ideas. Pero en su lugar no fueron traídas otras. Tan sólo sofocó las suyas momentáneamente y dejó su sitio con buena acústica para que al pronunciar sus seguidores el elogio de las nuevas ideas, el eco hiciera creer que había respuesta unísona.

Conocido el móvil del ardor que ostentan en público todos los que representan el procedimiento de negación del Alcalde, el esfuerzo patriótico debe llevarnos a combatirlos sin piedad. No debemos permitir que sus voces se oigan impunemente. En esta cuestión vital de

la electricidad reciben el mandato y el honorario para que sean fieles a sus ideas vetustas. El poder que los contrata sabe que mientras esas ideas imperen su penetración seguirá fuerte y profunda. Pero de nosotros depende que el capital esclavizador nos señoree o tasque el freno de pedernal. Lo que ahora nos neguemos a ver con visión clara, proyectada sobre un futuro que ya alborea, nos tocará verlo avasallados.

A las publicaciones por la prensa les da el *trust* de la electricidad un valor cabal y a ello obedece que los artículos de sus Alcaldes ocupen lugar preferente. Pero tengamos presente el móvil de esos artículos y no nos extraviemos. En ellos no hay otro afán que el de pervertir y confundir las leyes que nos garantizan independencia con el fin de eludirlos. Y si nos burlan las leyes previsoras somos unos menguados, no tanto por el mal que nos viene, como por el daño enorme ocasionado a las generaciones que vienen.

Juan del Camino

Cartago y junio de 1930

## La Revolución de la India

(Envío del autor)

A juicio del *Sunday Times* de Londres (citado por el *Literary Digest* de Nueva York) la India es «incomparablemente la mayor responsabilidad de la actual situación política» para el Imperio Británico. Los problemas del presupuesto, de los sin empleo, de la abolición de los *slums*, y hasta la aprobación del Pacto de Londres recientemente firmado, desmerecen en importancia en comparación con el problema de la India. A decir verdad, un estudio desapasionado de tan intrincado asunto, no puede menos que llevarnos al convencimiento de que la diplomacia británica, la sensatez inglesa proverbial, la experiencia anglosajona en el manejo de su labor colonizadora, tiene la culpa de que la India, casi inesperadamente, amenace con desmembrar el gran imperio. Parece repetirse el caso de testarudez insulsa de parte de los dirigentes políticos ingleses que a fines del siglo XVIII le costó a Inglaterra la pérdida de las colonias que habían de fundirse en los Estados Unidos de Norteamérica.

Y el caso actualmente parece ser más desesperado. En aquella época había si quiera un gran estadista, Edmund Burke, que, viendo claras las causas y sus consecuencias, propuso sin ser escuchado, un plan de reconciliación. Es opinión casi unánime de los historiadores que, de haberse atendido lo propuesto por Burke, las colonias norteamericanas no hubieran insistido en su independencia. En la actualidad, cuando no es dable dudar, de un gobierno como el que preside Ramsay Mac Donald, que cualquier plan justo para la solución del problema de la India recibiría toda atención, no parece haber nadie capaz de idear tal plan y de presentarlo. Inglaterra, orgu-

llosa siempre de tener en toda emergencia una figura bastante para imponerse a las dificultades que requieran solución, parece estar en bancarrota de hombres. La diplomacia inglesa en la India nada tiene a su favor en más de un año. En su contra, tiene principalmente el haber retado al movimiento nacionalista de la India a demostrar su fuerza. La diplomacia inglesa creyó que ese movimiento no era fuerte ni podía adquirir fuerza. He ahí el corazón del error que cometió Inglaterra.

### Autodemolición...

(Viene de la página 329.)

nombre descendió del cuarto piso donde escribí mis versos a las calles de la populosa Buenos Aires y a otras capitales de la fácil América.

De los otros cinco libros míos, un poco mejoraditos, os haré la reseña de sus defectos: en *El Dulce Daño*, despreocupación de la forma, extravagancia y exceso de literatura; en *Irremediablemente*, sobre saturación de azúcar; en *Langüidez*, sobriedad excesiva; en *Ocre*, exceso de razonamiento y una antipática ironía, y en *Poemas de Amor*, nada más que su brevedad. ¿Pero en cuanto a los defectos capitales, diréis, a los defectos con mayúscula? Allí van: poca severidad en la selección, complejidad, precipitación, desorden, despreocupación de detalles y haberme ganado, con un solo libro dos regios premios en metálico, cosa que no me ha perdonado mi hermano el literato.

De mis defectos morales no me atrevo a hablar. Las mujeres me los han creado: ellas los conocen mejor que yo y, humilde al fin, los soporto sin disfrutarlos. Agregaré que soy profundamente estúpida. Y si alguno dudara de ello le ruego que relea dos o tres veces este artículo.

HUELLAS FEMINISTAS  
www.huellasfeministas.com.ar  
Alfonsina Storni

La revista *The Political Quarterly*, de Londres, ha publicado hace poco un artículo revelador, escrito por Reginald Reynolds, joven cuáquero, amigo del Mahatma Gandhi y persona con acceso al Virrey de la India, Lord Irwin. Cuenta Reynolds que la decisión fatal para Inglaterra la hizo Lord Irwin en noviembre del año pasado cuando rehusó el gobierno británico de la India tomar en serio el problema en gestación. Fue entonces, en el Congreso Pan-Indio, que el reto del Virrey lo aceptó Gandhi poniendo toda la fuerza de su enorme prestigio a favor de la campaña de desobediencia civil.

Anteriormente a ese Congreso habían acordado los dirigentes del movimiento nacionalista abandonar el plan de la campaña de desobediencia civil y cooperar con el gobierno británico de la India en la tarea de solucionar el problema, siempre y cuando ese gobierno aceptara el plan de Delhi, ciudad donde se habían reunido en conferencia. Las bases propuestas por los líderes indios que el gobierno británico debía aprobar, contenían estos cuatro puntos principales: La amnistía para todos los prisioneros políticos; que se convocara a una conferencia entre el gobierno y el Congreso Pan-Indio en la que éste tuviese representación en proporción a su fuerza; un «cambio de corazón», un cambio de actitud, es decir, de parte del gobierno respecto de los ideales indios; y finalmente, la adopción de una Constitución para la India que le diese *status* de *Dominion* dentro del imperio.

La primera de estas cuatro condiciones era, es obvio, preliminar esencial para todo o cualquier arreglo pacífico, puesto que significaba la cesación de hostilidades. La segunda condición no presentaba dificultad ninguna. La tercera se refería a cosa intangible cuya verdadera prueba la entrañaba la cuarta condición, a saber, la buena voluntad del gobierno para cooperar con los líderes nacionalistas en un esfuerzo para darle a la India *status* de *Dominion* bajo una nueva Constitución.

El gobierno británico de la India recibió esas condiciones y las despachó a Londres. En Londres el gobierno, afirma Mr. Reynolds, halló razonable sólo una de esas condiciones, la segunda. Sin embargo, el Virrey aceptó la invitación de los líderes de reunirse con ellos en Delhi, y el 23 de diciembre por la tarde tuvo lugar esa memorable reunión. El Virrey le preguntó a Gandhi cuál de las bases querían los líderes discutir primero. Sin titubear Gandhi se lanzó a los cuernos del toro. Declaró que el punto más importante era el de saber si una conferencia a que convocase el gobierno tendría facultad de parte de éste para tratar en definitiva del *status* de *Dominion* a que la India anhelaba. El Virrey no pudo dar seguridades de ninguna especie a este respecto, y la reunión fracasó inmediatamente. El Congreso Pan-Indio adoptó la resolución a favor de la campaña de desobediencia civil. Es esta campaña la que en el